

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Triduo Pascual, ciclo B

28, 29, 30 de marzo de 2024

Pascua, ciclo B

Del 31 de marzo al 19 de mayo de 2024

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

Primera lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Prescripciones sobre la cena pascual.

Entre el anuncio de la última plaga de Egipto (Ex 11,1-10) y la muerte de los primogénitos (Ex 12,29-30) se interpone el ritual de la Pascua (Ex 12,1-28). Esta fiesta se celebraba el 14 del mes de Abib (marzo-abril), coincidiendo con el primer plenilunio de primavera. Probablemente, la Pascua nació de la combinación de dos fiestas distintas. Por un lado, un rito de pastores que sacrificaban una cabeza de ganado para ahuyentar los males del clan y, por otro, una fiesta agrícola de origen cananeo, «la fiesta de los ácidos», que se celebraba en primavera con la primera cosecha. Para Israel, ambas fiestas se convirtieron en un memorial de la liberación de Egipto operada por su Dios.

Nuestra lectura recoge solamente la primera parte del ritual de la Pascua, es decir, Ex 12,1-14 a excepción de los vv. 9-10 omitidos por el leccionario. Este fragmento del libro del Éxodo describe los elementos fundamentales del rito de la Pascua: la inmolación de un cordero o cabrito, sin defecto, macho, nacido durante el año (cf. Lv 22,17-25); la aspersion con su sangre de las jambas y el dintel de las puertas de las casas; y la cena familiar que había que consumir de prisa (de pie, con la cintura ceñida, los pies calzados y el bastón en mano) y que consistía básicamente en el cordero acompañado del pan ácimo y las hierbas amargas.

El Señor, al ver la sangre en las jambas de las puertas de los hebreos, «pasaría de largo». Así explica el autor el significado del término «Pascua» (en hebreo, *pesaj*), cuya etimología incierta todavía hoy se discute. La tradición cristiana, por su parte, siempre ha interpretado la palabra Pascua como «paso».

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Cada vez que coméis del pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor.

En las comunidades primitivas se celebraba la Eucaristía en el curso de una cena, signo de unidad y participación entre los cristianos. En Corinto esta unidad había sufrido graves daños. La comunidad estaba dividida y prueba de ello es el hecho de que cada uno comía de lo suyo, es decir de lo que había traído para esa ocasión (¡en teoría eso era para compartir con los demás!), sin preocuparse por aquellos que a lo mejor no tenían

nada que comer. Resulta evidente, pues, que estas cenas provocaban divisiones y de este modo se oponían al sentido mismo de la Eucaristía (cf. 1Cor 11,17-22).

A este fragmento apenas citado sigue nuestro texto (1 Cor 11,23-26), un texto de capital importancia porque es el primer relato escrito de la institución de la Eucaristía (cf. también 1Cor 10,3-4.16-22 y 11,17-34). Recordemos que los evangelios son posteriores a esta primera carta a los Corintios, que se remonta al año 57 dC.

En el último versículo (v. 26), Pablo establece una estrecha relación entre la Eucaristía y la muerte de Jesucristo. De esta manera, prolonga lo que ya estaba incluido en la expresión «mi cuerpo por vosotros» y en la mención de la copa como «nueva alianza en mi sangre», que son claras alusiones al sacrificio del calvario. La cena del Señor remite, pues, a este acto fundamental: en ella se proclama la muerte del Señor.

Evangelio: Juan 13,1-15

Los amó hasta el extremo.

El cuarto evangelio se compone de dos partes bien delimitadas: Jn 1–12 (el libro de los signos) y Jn 13–20 (el libro de la gloria). Cabe señalar que los capítulos 11 y 12 anticipan, mediante el uso de diversos recursos estilísticos, el misterio pascual de Jesús antes de su realización. En otras palabras, funcionan como un puente que une las dos partes del libro.

Con Jn 13,1-15 (Jesús lava los pies a sus discípulos), da comienzo el libro de la gloria, es decir, empieza el relato de la pasión, muerte y resurrección de Jesús que el autor del cuarto evangelio, a diferencia de los sinópticos, contempla desde la perspectiva de la gloria. Otra diferencia importante tiene que ver con nuestro fragmento, pues en lugar de narrar la institución de la eucaristía, Juan la substituye por la escena del lavatorio de los pies.

El lavatorio es un signo cuyo significado trasciende el hecho visible. No se trata tanto de lavar los pies cuanto de purificar el corazón. A su vez el lavatorio evoca el bautismo mediante el cual el cristiano participa del misterio de la muerte y resurrección de Jesús. De ahí que este gesto simbolice toda la misión de Jesús, su entrega total, no solamente el servicio prestado a los demás sino el servicio supremo del «siervo» que con su muerte redime a la humanidad.

Según Jn 13,6-11, el lavatorio es un hecho único, irrepetible, inimitable que solo puede y tiene que realizar el Maestro, el único capaz de ofrecer la salud y la salvación. En los versículos siguientes (Jn 13,12-20), en cambio, el lavatorio se convierte en un hecho múltiple, repetible e imitable. O sea, un gesto que los discípulos deben imitar: unos deben servir a los otros siguiendo el ejemplo de Jesús que se hizo servidor de todos.

Viernes Santo

Primera lectura: Isaías 52,13–53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

La palabra «siervo» (en hebreo *'ebed*) se encuentra 21 veces en el Deutero-Isaías o «Libro de la Consolación» (Is 40–55) con distintos significados: los fieles, los profetas, el segundo Isaías y sobre todo Israel. Ahora bien, la misma palabra se utiliza para designar al protagonista de los cuatro cánticos más famosos del Deutero-Isaías. Nos referimos a los cánticos del «siervo del Señor», donde se nos narra la dramática misión de este misterioso personaje cuya identidad sigue siendo un desafío para los estudiosos: ¿Se trata de una persona concreta o de una colectividad, es decir, el pueblo de Israel?

Is 52,13–53,12, el cuarto cántico, es el más conocido de todos, pues en él se inspiró el Nuevo Testamento para comprender la figura de Jesús que como siervo del Señor murió para la salvación del pueblo. Es posible que el mismo Jesús haya interpretado la propia muerte a la luz de estos versos. Se compone de tres secciones que corresponden a las siguientes escenas: Is 52,13-15 (introducción), Is 53,1-10 (cuerpo central) e Is 53,11-12 (conclusión).

En el cuerpo central, que corre a cargo de un «nosotros», se nos narra la pasión, muerte y exaltación inesperada del siervo. Con un lenguaje fuerte e impactante, jugando con los contrastes, el autor contrapone los terribles sufrimientos del siervo con la actitud del grupo que cuenta lo ocurrido. Todo responde a un designio divino que el siervo acepta voluntariamente sin mostrar la más mínima oposición. Calla y sufre en silencio. Pero, al final, se descubre que su sacrificio no ha sido en vano, porque ha permitido el perdón y la salvación de los culpables. Un sacrificio redentor que le conduce a la gloria.

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Experimentó la obediencia, y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen.

La epístola o carta a los Hebreos no es en realidad una carta sino una homilía. Desde su exordio (Heb 1,1-4) hasta su conclusión (Heb 13,20-21), dicha carta presenta un género literario propio del discurso oral. El tema de esta homilía es ciertamente original, pues el autor hace una especie de «lectura litúrgica» de la persona y la obra redentora de Jesús, haciendo

referencia a la liturgia que se desarrolla en el templo de Jerusalén el día de la expiación o *Yom kippur*. Desde su perspectiva, todas las realidades religiosas del pasado de Israel se convierten en anuncio, promesa y prefiguración del culto auténtico y definitivo que Cristo ofrece al Padre.

La lectura de hoy recoge dos fragmentos (Heb 4,14-16 y 5,7-9) que pertenecen a la segunda parte de la homilía (3,1-5,10), donde Cristo es presentado como superior a Moisés y a los ángeles (3,1-4,13) y como auténtico sumo sacerdote misericordioso y digno de fe (4,14-5,10). El primer fragmento (4,14-16) funciona precisamente como transición entre las dos secciones mencionadas. En 4,14 el autor/predicador concluye su exposición sobre Jesús, sumo sacerdote digno de fe, con quien debemos mantenernos unidos mediante la fe. En 4,15 menciona otra cualidad sacerdotal necesaria para ejercitar la mediación, la misericordia. Y en 4,16 hace una exhortación antes de pasar a la descripción del sumo sacerdote (5,1-10), que el leccionario reduce a los vv. 7-9 (nuestro segundo fragmento): a través del sufrimiento Jesús aprendió la entrega total de sí mismo a Dios, llegando a la perfección suprema.

Evangelio: Juan 18,1-19,42

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan.

Aunque todos los relatos de la pasión coinciden en lo fundamental (arresto, proceso y ejecución de Jesús de Nazaret), el cuarto evangelio nos sorprende con algunos episodios y detalles que no se encuentran en los evangelios sinópticos.

De todos modos, la diferencia más importante no es el material recogido sino el punto de vista, la perspectiva, el prisma desde el que Juan contempla, interioriza y presenta el misterio pascual de Jesús. En contraste con los sinópticos, que enfatizan el drama vivido por Jesús y la crueldad de su muerte, Juan alarga el horizonte, se eleva en su contemplación y consigue iluminar la pasión de Jesús con la luz resplandeciente de su glorificación. No en vano los estudiosos han bautizado la segunda parte del cuarto evangelio (Jn 13-20), precisamente la que narra la pasión, muerte y resurrección de Jesús, con este nombre: «el libro de la gloria».

Si damos una ojeada al contenido de estos capítulos (Jn 18,1-19,42), encontramos una serie de temas que confirman lo dicho. Nos referimos a la «hora de la glorificación», la presentación de Jesús como juez y como rey, y la pasión como entrega libre y voluntaria de Jesús. A través de estos temas, característicos del cuarto evangelio, emerge con transparencia la visión de su autor. Para él la pasión no es una humillación sino una glorificación, la cruz no es un instrumento de tortura sino el trono donde se manifiesta la gloria de Jesús.

Vigilia Pascual

Primera lectura: Génesis 1,1-2,2

Vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.

El primer relato de la Biblia es una especie de himno a la creación, con un fuerte carácter litúrgico debido a las repeticiones y a las fórmulas utilizadas. La obra de la creación se articula en el marco cronológico de la semana hebrea: el primer día, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto y, por último, el séptimo, el día del descanso. Así pues, el sábado es el punto culminante de esta liturgia de la creación.

El himno contiene una breve introducción (1,1-2) que puede considerarse como el título y el resumen de toda la obra creadora de Dios: el caos y las tinieblas que preceden la creación contrastan con el poder de Dios y la belleza del mundo creado. Entre la introducción y la conclusión contemplamos la actuación de Dios expresada en tres modalidades: hacer, separar o dividir y hablar de manera eficaz, es decir, Dios habla y realiza aquello que dice.

La creación por medio de la Palabra («y dijo Dios...») queda confirmada con una observación («Y vio Dios que era bueno») que se repite siete veces, siendo la última ligeramente diversa. En 1,31 Dios contempla satisfecho todo lo que había hecho y exclama: «Y era muy bueno». Esta expresión superlativa, la única en el texto, expresa la idea de plenitud: el mundo creado por Dios es completamente positivo.

Así pues, este primer relato genesíaco es una cosmogonía, es decir, un relato sobre el nacimiento del universo. El ser humano ocupa ciertamente un lugar importante en el orden de la creación. Sin embargo, no hay que olvidar un detalle importante: es creado el mismo día que los animales y recibe, en parte, la misma bendición y su mismo alimento. Es y será siempre una criatura de Dios.

Segunda lectura: Génesis 22,1-18

El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe.

El cap. 22 del libro del Génesis es uno de los más conocidos y complejos del ciclo de Abrahán, que empieza en 12,1-4 con la vocación del patriarca. Abrahán ha sido desde el principio un hombre de fe, ha creído en la promesa de Dios. Lo demuestran su prontitud en dejar la tierra a partir de 12,1-4, su respuesta a la promesa en 15,6, su aceptación de la circuncisión en 17,22-27. Todo esto se ha visto recompensado en 21,1-8

con el nacimiento de Isaac. Todo funciona bien hasta que Dios le pide el sacrificio de su hijo. A partir de este momento todo se complica. Nuestro texto no es una narración de los orígenes (como las de Gn 1–11) sino la historia de una fe atormentada.

La narración original parece terminar en el v. 13, pues el v. 14 es la explicación de un nombre geográfico, los vv. 15-18 (el segundo discurso del ángel) generalmente se consideran un añadido posterior y los vv. 20-24 contienen datos genealógicos.

Dios ya le pidió a Abrahán el sacrificio del pasado, ahora le pide el sacrificio del futuro: renunciar a su hijo, el heredero prometido. Con este ruego, Dios lo pone a prueba. La ley prohíbe el sacrificio de los humanos (cf. Mi 6,6-7) y, sin embargo, Dios se lo pide. Abrahán responde con un monosílabo en hebreo: «Aquí me tienes». No dice nada más, no pone ninguna objeción, no hace ninguna pregunta. Sin comprender lo que está sucediendo, coge a su hijo y se dirige hacia el lugar que Dios le ha indicado. Abrahán es un hombre de fe y sabe que Dios, de un modo u otro, al final intervendrá, al igual que intervino en el nacimiento de Isaac. Dios lo pone a prueba y Dios provee. Abrahán confía plenamente en el Dios que provee, lo encuentra inescrutable, pero digno de fe (W. Brueggemann). Este texto ilumina la vida de Jesús y sobre todo su misterio pascual. Su muerte y resurrección son la expresión extrema de la prueba y la providencia de Dios.

Tercera lectura: Éxodo 14,15–15,1

Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto.

Los capítulos 14 y 15 forman una unidad narrativa que cierra la primera parte del libro del Éxodo. Todo sucede en un mismo lugar (el mar) y se trata de un solo acontecimiento (Israel, perseguido por los egipcios, consigue atravesar el mar de los Juncos). Para mayor exactitud, Ex 14 es el relato del paso del mar y Ex 15 es su proclamación litúrgica en un cántico.

Nuestro fragmento se concentra en Ex 14. Sus principales protagonistas son el Señor y Moisés, mientras Israel se limita a seguir sus indicaciones. Los acontecimientos del mar representan el desenlace del drama de la esclavitud. A las tinieblas de la opresión sigue el resplandor de la liberación. Entre opresor y oprimido ahora media el mar, e Israel está a punto de ganar la batalla. El relato se compone de tres escenas simétricas: delante del mar (vv. 1-14), en medio del mar (vv. 15-25) y al otro lado del mar (vv. 26-31). Todas siguen una misma pauta: comienzan con un discurso del Señor, sigue la narración de los hechos y los protagonistas reaccionan: Moisés tranquiliza al pueblo (v. 14), los egipcios huyen despavoridos (v. 25b) y los israelitas creen en el Señor (v. 31).

El paso del mar es descrito como una nueva creación: se separan las aguas y aparece lo seco, camino para los rescatados; las aguas se convierten en muros para dejar paso al ejército del Señor que avanza implacable; las murallas de agua se derrumban sobre los egipcios y el mar los ahoga. Es de noche cuando el Señor comienza a actuar. Es de día cuando Israel se encuentra salvado. Con la luz llega la salvación. El Señor, Dios de Israel, dominador del mar y de los imperios, salva a su pueblo oprimido manifestando así su amor e omnipotencia.

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14

Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor.

El Deutero-Isaías (o segundo Isaías) es un profeta anónimo del exilio, a quien se atribuyen los capítulos 40–55 del libro de Isaías conocidos como «el Libro de la Consolación». Esta parte del libro se compone de dos grandes secciones: cap. 40–48 y cap. 49–55. Si la primera sección se centra en la figura de Ciro como libertador de Israel, la segunda pone de relieve la figura del Siervo del Señor, miembro del pueblo, designado para la salvación de Israel y de los confines de la tierra (cf. los cuatro cantos del Siervo).

Después del cuarto cántico del siervo del Señor (Is 52,13–53,12), el Deutero-Isaías concluye con dos capítulos sobre la restauración y glorificación de Jerusalén (Is 54–55). El capítulo 54 consta de dos poemas muy hermosos: 54,1-10 (el Señor declara su amor a Jerusalén) y 54,11-17 (la reconstrucción de Jerusalén) que están en la base de la primera lectura.

En Is 54,5-14 destaca la tradicional metáfora del matrimonio entre el Señor y Jerusalén, que se encuentra también en el libro de Oseas, Jeremías, Ezequiel y en otros profetas menores. Lo curioso de este texto (cf. los vv. 1-6) es que la ciudad es descrita contemporáneamente como «estéril», «madre», «viuda» y «esposa» del Señor. Esta caracterización tan sorprendente como contradictoria responde a un claro objetivo del autor, que con ella quiere evidenciar el tema principal del libro. La concatenación de imágenes referidas a Sión no quiere ofrecer un retrato de la mujer-ciudad o narrar paso a paso su historia de amor, sino evidenciar la transformación realizada por la mano poderosa del Señor (cf. 54,11-12).

El trágico pasado de Jerusalén, abandonada, humillada y sin hijos, se transforma, gracias a la intervención del Señor, en un futuro de esperanza, consolación y restauración. Este es el mensaje del Deutero-Isaías: nacerá una nueva Jerusalén cimentada en la instrucción del Señor que garantiza la justicia, la prosperidad y su protección permanente que es garantía de paz.

Quinta lectura: Isaías 55,1-11

Venid a mí, y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua.

Situado al final de la obra del Deutero-Isaías, Is 55,1-11 (faltan los vv. 12-13 sobre la salida de Babilonia) ofrece una síntesis de los cap. 40-54. Retoma, en particular, Is 40,1-11, un oráculo que hace de prólogo a todo el libro del segundo Isaías y anticipa algunos de sus temas dominantes. Por ejemplo, la estabilidad eterna de palabra de Dios (55,10-11; cf. 40,6-8) que hace posible un nuevo éxodo (55,12-13; cf. 40,3-5). Se dirige a «vosotros», excepto en el v. 5, donde aparece un «tu» solitario referido a Israel, detrás del cual se perfila la figura de David (cf. v. 3).

Nuestro texto se puede dividir en dos estrofas. En la primera (vv. 1-5), el profeta anuncia su abundante y gratuita mercancía. Entre los bienes de primera necesidad están el agua, signo del espíritu de Dios (Is 32,15; 44,3), el vino y la leche, símbolo de la alianza y de la comunión con Dios. Pero la mercancía es también la palabra de salvación, concretada en la permanencia de la alianza davídica. En la segunda (vv. 6-11), el profeta hace al pueblo una firme invitación a la conversión: les invita a buscar y regresar al Señor, a abandonar los planes y caminos torcidos para acoger los del Señor («más altos»). La invitación concluye con un hermoso canto a la fecundidad y eficacia de la Palabra de Dios que, en definitiva, es la verdadera artífice de la salvación que está por llegar.

Sexta lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

Camina en la claridad del resplandor del Señor.

A Baruc, el secretario del profeta Jeremías, se le atribuye un libro homólogo escrito probablemente en la época de los Macabeos (segunda mitad del s. II aC) por un judío palestino desconocido. Ambientado en el periodo del exilio, el objetivo de este libro es ayudar a los judíos de la diáspora a vivir su fe con plenitud, sin alejarse del fundamento y razón de su unidad, es decir, la Ley (la Torá). El drama del exilio en Babilonia está presente en todas las páginas de Baruc. Una catástrofe que nadie podrá borrar de la memoria.

El libro de Baruc se compone de dos grandes secciones: la primera, escrita en prosa, contiene una introducción histórica y una oración penitencial (1,1-3,8); la segunda, escrita en poesía, contiene un elogio de la Sabiduría y una promesa de liberación (3,9-5,9). Nuestra lectura se limita al elogio de la Sabiduría (3,9-4,4) que el Leccionario presenta en forma reducida. La omisión de los vv. 16-31 hace que el acento recaiga sobre el Creador del universo, aquél que todo lo conoce y todo lo puede, aquél

que es la fuente de la Sabiduría, y además, teniendo en cuenta el contexto litúrgico (la Vigilia Pascual), facilita que la mirada del lector se dirija lo más rápidamente posible hacia Jesús, sabiduría de Dios, luz y vida de la humanidad.

La Sabiduría es, pues, prerrogativa exclusiva de Dios. Solo Dios, que la posee y la conoce, puede concederla a cuantos escuchan su palabra y obedecen sus mandamientos. En línea con Dt 4,5-14 y Sir 24,23, en Baruc la Sabiduría que Dios da a Israel se identifica con el libro de la Torá en cuanto revelación divina estrechamente relacionada con la vida (4,1). Después de esta sorprendente revelación, de repente, el autor cambia de tono y dirige a Israel una viva exhortación. Si el pueblo quiere abrazar la Sabiduría y entrar en comunión de vida con ella (3,38), debe caminar en la claridad y resplandor de su luz (cf. Is 2,5), o sea, debe convertirse. El macarismo final proclama que la felicidad de Israel consiste en conocer la voluntad del Señor, expresada en el libro de la Ley. El pueblo elegido («nosotros») es declarado dichoso porque conoce lo que es agradable a Dios.

Séptima lectura: Ezequiel 36,16-28

Derramaré sobre vosotros un agua pura, y os daré un corazón nuevo.

Ezequiel es, sin olvidar al Deutero-Isaías, el gran profeta del exilio. Deportado a Babilonia en el año 597 aC, recibe su vocación cuatro años después (1,1-3,15) y allí ejerce su ministerio profético entre sus compatriotas durante al menos veinte años. El mensaje de Ezequiel se puede dividir en dos partes bien diferenciadas: antes y después de la caída de Jerusalén (Ez 33). Este es el acontecimiento central alrededor del cual se desarrolla todo el libro. Antes de la catástrofe, la principal tarea de Ezequiel era insistir con vehemencia en que lo peor todavía tenía que venir. Después de la catástrofe del 587/586, el mensaje del profeta cambia. Al recibir la noticia de la destrucción de Jerusalén, Ezequiel recupera la palabra (33,21-22). El que había sido profeta de juicio, amenazas y castigo se transforma ahora en profeta de esperanza para un pueblo desesperado, como se puede apreciar sobre todo en los capítulos 33-39 y 40-48.

El cap. 36 consta de dos grandes partes: vv. 1-15 (promesa de restauración) y vv. 16-38 (renovación de la vida espiritual de Israel). A esta última pertenece nuestra lectura (vv. 16-28), que a su vez puede dividirse en dos estrofas. En la primera (vv. 16-21), de tono negativo, las naciones desprecian a Israel como un país derrotado y a Dios como incapaz de proteger a su pueblo; de este modo su nombre queda profanado. En la segunda (vv. 22-28), en cambio, brilla un mensaje de esperanza. Es el punto culminante de la predicación de Ezequiel. Las expresiones más significativas del pasaje son: el «agua purificadora» necesaria para participar en el culto

y para limpiar al pueblo después de su estancia en tierra impura (v. 25), el «corazón nuevo y de carne» que sustituirá al viejo corazón de piedra y el «espíritu nuevo» que es el espíritu de Dios (vv. 26-27). El fragmento, muy parecido a Jer 31,31-34, concluye con una fórmula que expresa el restablecimiento de la alianza entre Dios y su pueblo (v. 28). La asociación entre la purificación del agua y el don del Espíritu ha favorecido una interpretación en clave bautismal.

Lectura del Apóstol: Romanos 6,3-11

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Nuestro texto se sitúa en la parte doctrinal de la carta a los Romanos (1,16–11,36), más exactamente en la segunda sección de la misma, donde Pablo describe la condición cristiana del hombre justificado (5,1–8,39). Después de explicar que la vida nueva en Cristo genera paz y esperanza y que Cristo elimina el mal provocado por Adán, el apóstol aborda el tema bautismal en relación con la muerte y resurrección de Cristo.

Pablo siente la necesidad de definir el sentido cristiano del bautismo para diferenciarlo de otras formas de bautismo vigentes en su época. Por eso, se remonta al núcleo fundamental de la fe, es decir, el kerygma o la predicación de la muerte y resurrección de Cristo. Si el bautismo no va precedido del don del Espíritu, de la evangelización y de la fe en Cristo, se reduce a un rito mágico sin consecuencias comunitarias o eclesiales.

El bautismo cristiano no puede reducirse a un rito de purificación del pecado o a un itinerario autónomo de conversión. Es mucho más que eso: establece en modo misterioso una estrecha relación personal entre la persona y Cristo muerto y resucitado, a través de una participación real gracias a la acción del Espíritu Santo. Para describir esta relación nueva y profunda con la muerte y resurrección de Cristo, Pablo crea un vocabulario original difícil de traducir en nuestra lengua cuyo elemento esencial es la preposición «con»: según él, el bautizado es un con-crucificado, un con-sepultado, un con-resucitado, un co-heredero, un con-glorificado, una persona que vive con Cristo Jesús.

Evangelio: Marcos 16,1-7

Jesús Nazareno, el crucificado, ha resucitado.

Marcos 16,1-7 constituye el final del evangelio de Marcos, aunque en nuestras Biblias vaya seguido de Mc 16,9-20, donde se nos narran las

apariciones de Jesús. Estos versículos no pertenecen al texto original de Marcos, pues faltan en algunos códices importantes. Además, algunos manuscritos antiguos presentan otra conclusión al evangelio.

Después de la muerte de Jesús, reina el silencio, en los corazones y en el universo entero. Todo ha quedado suspendido: el tiempo, el espacio, la vida... Los hombres lo han condenado y los discípulos están perdidos porque han perdido al Maestro. Un gran interrogante se abre para la historia y sobre todo para aquellos que habían respondido a su llamada. Este es el contexto en el que se sitúa Mc 16,1-7.

En nuestro fragmento las protagonistas son las mujeres, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé (cf. Mc 15,40), tres discípulas de Jesús que han seguido y servido a Jesús desde el inicio. Ahora quieren realizar su último servicio: embalsamar su cuerpo con aromas. De madrugada, cuando salía el sol, corren al sepulcro preocupadas por la piedra que tapaba la entrada de la tumba. No se sentían con fuerzas para retirarla: eran pocas y no demasiado expertas en esos trabajos. Sin embargo, mientras los discípulos varones han escapado a Galilea (cf. Mc 14,28), ellas están allí llorando al Señor. Son auténticas discípulas, pero la muerte de Jesús las ha desorientado totalmente y siguen buscándole. Su fe les da fuerza para llegar hasta la tumba.

Allí el misterio de Dios se hace presente en la figura de un «joven vestido de blanco» que, al verlas tan asustadas, les dice: «No temáis», las palabras típicas que acompañan toda vocación. A continuación les dice que Jesús, el Nazareno, el crucificado, no está porque ha resucitado y las invita a entrar: «Mirad el sitio donde lo pusieron», para que se cercioren del vacío que ha dejado Jesús. Por último, el joven les hace una invitación: «Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro...».

Las mujeres buscaban un cadáver para embalsamar y, en cambio, han encontrado una misión muy distinta, una misión íntimamente ligada a la vida, no a la muerte. Las mujeres del sepulcro se han transformado en las mujeres de la Pascua. Ellas son una memoria viviente de Jesús que a su vez ha de ser memoria para los demás. Hemos llegado al final, pero en realidad estamos al principio. Todo empezó en Galilea.

PASCUA

Domingo de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

Nosotros hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

El encuentro entre Pedro y Cornelio en Cesarea constituye el clímax del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 10,1-11,18). Para el evangelista Lucas, su autor, dicho encuentro representa un acontecimiento de gran importancia y notables consecuencias. Con la introducción de Cornelio, un pagano, en la comunidad, Pedro abre las puertas de la Iglesia a todos los gentiles.

De esta larga sección, nuestra lectura se centra única y exclusivamente en la predicación de Pedro en casa de Cornelio (Hch 10,34-43), de la que omite una pequeña sección (vv. 34b-36). La predicación de Pedro es el quinto y último discurso misionero del apóstol en el libro de los Hechos. Su originalidad consiste en los destinatarios: mientras los cuatro primeros discursos iban dirigidos al pueblo o a las autoridades religiosas de Jerusalén, este se dirige a un auditorio pagano.

El discurso presenta dos características fundamentales: su concentración cristológica desde el principio hasta el final y el tema de la universalidad. En cuanto a su organización, está muy cuidada. El exordio o introducción (Hch 10,34-36) confiere solemnidad a las palabras de Pedro a la vez que enuncia la tesis de su discurso: Dios es el Señor de todos. Dicha tesis se desarrolla en dos momentos: en Hch 10,37-39a el apóstol expone la actividad de Jesús y en Hch 10,39b-42 narra su muerte, su resurrección y las apariciones pascuales. En otras palabras, Pedro nos ofrece un compendio de la vida de Jesús, el único en el Nuevo Testamento fuera de los evangelios. La conclusión (Hch 10,43) se concentra en Jesús como Señor universal.

Segunda lectura: 1 Corintios 5,6b-8

Barred la levadura vieja para ser una masa nueva.

En la comunidad de Corinto, quizás más que en otras comunidades cristianas, se detectaron graves desórdenes en lo referente a cuestiones de impureza y solidaridad. La reacción de Pablo no se hace esperar. Con fuerza y decisión el apóstol denuncia ese tipo de comportamiento, convencido como está de que la vida cristiana exige un compromiso total de la persona. No se puede decir que uno sigue a Cristo y luego actuar en contra de su doctrina. El cristiano tiene que ser coherente con el credo que profesa.

Los capítulos 5 y 6 de la primera carta a los Corintios están dedicados a un caso de convivencia escandalosa (un cristiano que convive con su madrastra) y a los pleitos entre hermanos respectivamente. En este contexto, ciertamente delicado y polémico, se encuentra nuestro fragmento. En 1Cor 5,6b-8 Pablo hace referencia a la Pascua hebrea para enseñar a los fieles de Corinto que el pecado del cristiano y la reconciliación del pecador afectan a toda la Iglesia. Y lo hace recordando los dos símbolos pascales por excelencia: el pan ácimo y el cordero inmolado que se comían durante la fiesta. El pan ácimo era un pan sin levadura y aquí la levadura, considerada como elemento de corrupción, se refiere al pecador que con su pecado corrompe a toda la comunidad. El cordero paschal es para los cristianos Cristo, el cordero que ya ha sido inmolado. Por tanto, si viven en comunión con Cristo, deben alejarse de todo aquello que corrompe la vida que han recibido en el bautismo.

Evangelio: Juan 20,1-9

Él había de resucitar de entre los muertos.

Entre la sepultura de Jesús (Jn 19,38-42) y la aparición a María Magdalena (Jn 20,10-18) el autor del cuarto evangelio escribe un relato de transición, el del sepulcro vacío (Jn 20,1-9), en el que todo, incluidas las vendas y el sudario, apunta a la resurrección de Jesús. El mensaje principal es el siguiente: el crucificado vive glorioso para siempre.

María Magdalena está tan impresionada por lo que le ha tocado vivir que no consigue conciliar el sueño. Corre, pues, hacia el sepulcro cuando todavía es oscuro, buscando al Señor a quien tanto amaba. Ve que la piedra que tapaba el sepulcro ha sido quitada y se queda atónita. Tanto es su asombro que ni siquiera entra dentro. Se queda fuera sin entender lo sucedido. No consigue dar el salto de la letra al espíritu, de la muerte a la resurrección. Tampoco los demás lo logran (cf. el v. 9). Las palabras de María manifiestan el sentir de toda la comunidad: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto» (habla en primera persona plural). El cuerpo del Señor no está donde debería estar. Y fue a contárselo a Pedro y a Juan.

Pedro entra en el sepulcro vacío, ve las vendas y el sudario y no entiende nada. Entra, a continuación, Juan, el discípulo amado de Jesús y su reacción fue completamente distinta: «Vio y creyó». No necesitó otras pruebas. Lo que vio fue suficiente para creer en la resurrección de Jesús. Por eso, el texto menciona que llegó antes al sepulcro. Captó al instante lo que aquella escena significaba y se acordó de que así lo habían anunciado las Escrituras.

Domingo 2 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 4,32-35

Todos pensaban y sentían lo mismo.

La primera lectura nos ofrece un «sumario», es decir, una síntesis de la vida de la comunidad cristiana de Jerusalén, sobre todo en cuanto a la comunión de bienes se refiere (cf. el primer sumario en Hch 2,42-47). Este estilo de vida no era exclusivo de los cristianos (también los esenios de Qumrán, por ejemplo, vivían la comunión de bienes). Sin embargo, el evangelista Lucas lo presenta desde la óptica de la resurrección y como fruto del Espíritu (cf. Hch 4,31: «Al terminar su oración, el lugar en que estaban reunidos tembló; todos quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a anunciar la palabra de Dios con toda valentía»).

Después de mencionar la comunión de bienes (v. 32), se pasa a un tema completamente diferente: la actividad de los apóstoles (v. 33). A simple vista parece una digresión, pero en realidad no lo es. Antes de describir el modo en que se realizaba la comunión de bienes, Lucas quiere explicitar el fundamento de la ética comunitaria. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús con una gran fuerza (en el leccionario, «valor») que les venía del Espíritu y les permitía comunicar la palabra de Dios con libertad y realizar curaciones milagrosas. El resultado de este testimonio es que Dios los miraba a todos (no solo a los doce sino a la multitud de creyentes) con mucho agrado. El texto griego dice: «una gran gracia era sobre todos ellos», refiriéndose ciertamente al favor divino, a la gracia que el Señor derrama sobre los suyos, no al favor de los hombres. Los dos versículos siguientes (vv. 34-35) no hacen sino concretar este favor divino evocando la promesa de Dt 15,4: «Así no habrá pobres entre los tuyos, pues el Señor te bendecirá generosamente...».

Segunda lectura: 1 Juan 5,1-6

Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo.

La primera carta de Juan termina con un intenso y difícil resumen de la doctrina joánica sobre la fe (1 Jn 5,1-12: «La fe vence al mundo»), al que siguen unos párrafos finales a modo de conclusión (1 Jn 5,13-21). De este resumen el leccionario ha seleccionado la primera parte.

El amor fraterno (dimensión horizontal) y el amor a Dios (dimensión vertical) están íntimamente unidos. El amor por los hermanos nace del amor por Dios del que es expresión y concreción. En realidad, el creyente ama a los hermanos en cuanto son hijos de Dios. Amar y creer son las dos

actitudes que definen la vida del cristiano. Amor y fe constituyen un binomio inseparable. Creer en Jesucristo tal como se nos ha manifestado: Mesías e Hijo de Dios. Amar a Dios como Dios y a los hermanos como hijos suyos.

Añadamos una nota sobre el discutido v. 6. La experiencia pascual pasa a través de las dos grandes revelaciones del Bautismo (agua) y de la Cruz (sangre) que Juan sintetiza maravillosamente en la escena de la lanzada: «... y al punto brotó del costado de Jesús sangre y agua» (Jn 19,34). La sangre y el agua pueden referirse a la realidad encarnada del sacrificio de Jesús hijo de Dios (muerte-sangre, espíritu-agua), pero también pueden entenderse como alusión a los sacramentos de la Eucaristía y el Bautismo.

Evangelio: Juan 20,19-31

A los ocho días se les apareció Jesús.

Después de la aparición a María Magdalena (Jn 20,10-18), el autor del cuarto evangelio narra las apariciones de Jesús a toda la comunidad de los discípulos (Jn 20,19-31), un relato que hay que entender desde la dialéctica entre promesa y cumplimiento. Jesús había prometido a los discípulos que volvería a estar con ellos, que ellos iban a verle de nuevo, que les enviaría el Espíritu y el don de la paz y que regresaría al Padre. Y así fue. Jesús cumplió todas estas promesas.

En este relato podemos distinguir tres partes: a) el encuentro de Cristo resucitado con sus discípulos en ausencia de Tomás, al anochecer del domingo de Pascua; b) el encuentro al domingo siguiente, dirigido especialmente a Tomás; c) el epílogo del cuarto evangelio.

En 20,19-25 los discípulos, encerrados y muertos de miedo en el cenáculo, se llenan de alegría al ver al Señor que les muestra las manos y el costado. Este encuentro gira entorno a la misión («Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo») de la que Jesús resalta tres aspectos importantes: el clima de paz y alegría, la fuerza del Espíritu Santo y el perdón de los pecados. Tomás el Mellizo, que no estuvo presente en este encuentro, se muestra incrédulo ante el testimonio de los otros discípulos. Exige pruebas palpables.

En 20,26-29 Tomás acaba creyendo bajo la experiencia abrumadora de ver y tocar. No solo cree sino que hace una confesión de fe única en todo el Nuevo Testamento, al identificar a Cristo Resucitado con Dios: «¡Señor mío y Dios mío!».

En 20,30-31 Juan concluye su evangelio con unas palabras que tienen un doble significado: él ha escrito el evangelio para reforzar la fe de la comunidad, pero también pensando en su difusión entre los no creyentes.

Domingo 3 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 3,13-15.17-19

Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos.

La curación del paralítico en el templo (Hch 3,1-10) ha dejado a la gente desorientada y asombrada. Esta situación requiere una explicación y Pedro toma la palabra con ese preciso objetivo. Así pues, en Hch 3,11-26 escuchamos el discurso de Pedro en el templo, del que nuestra lectura recoge solo dos fragmentos. La gente acudió en masa porque quería enterarse de cómo había sido el milagro. Se trataba de un hombre que todos conocían, un mendigo habitual junto a la puerta hermosa del templo. Pedro aprovechó la ocasión para proclamar la resurrección de Cristo e invitarles a la penitencia.

En 3,13-15 el apóstol hace un resumen del anuncio cristiano (*kerygma*) utilizando la técnica del contraste. El primer contraste contraponen la acción de Dios, que ha glorificado a su siervo Jesús, con la de los hombres, que lo han rechazado y entregado en manos de Pilato (v. 13). El segundo contraste contraponen el asesinato del autor (iniciador, fundador, príncipe) de la vida con la acción de Dios que lo resucita de entre los muertos (v. 15). Y entre los dos contrastes el v. 14 subraya única y exclusivamente la culpabilidad de los judíos que rechazaron al Santo y al Justo y pidieron que se indultara a un asesino.

A partir del v. 17, cambia el tono del discurso. Después de haber mencionado su culpa, Pedro invita a sus oyentes a cambiar de perspectiva, es decir, a convertirse. Les llama «hermanos», mostrando así su solidaridad religiosa con ellos y constata su ignorancia, lo que atenúa su culpabilidad y favorece la perspectiva de la conversión. Menciona, después, el designio salvífico de Dios, según el cual el Mesías cumple un destino que ya había sido anunciado por los profetas (v. 18) y finalmente les exhorta a la conversión con dos solemnes imperativos: «arrepentíos» y «convertíos» (v. 19).

Segunda lectura: 1 Juan 2,1-5a

Él es víctima de propiciación por nuestros pecados y por los de todo el mundo.

En esta carta Juan escribe contra algunos que limitaban el cristianismo a una especie de conocimiento sublime o gnosís que implicaba la separación entre teoría y praxis, entre fe y moral. Para contrarrestar estas ideas que se habían infiltrado en la comunidad, Juan proclama la naturaleza pecadora y la indivisibilidad del ser humano ante Dios. Inteligencia, volun-

tad, corazón y obras no pueden caminar por separado. Al contrario, han de estar en sintonía.

1 Jn 2,1-5a gira alrededor de la liberación del mal y del pecado, un don que se activa a través de un doble movimiento. El primer movimiento es el de Dios que va al encuentro del pecador por medio del Hijo, «Jesucristo, el Justo». Él es nuestro paráclito o abogado, es decir, el que defiende e intercede por el ser humano. A esta acción de Dios corresponde la respuesta del ser humano que se esfuerza por «conocer» a Dios. No se trata de un conocimiento abstracto o especulativo sino de un carácter afectivo y volitivo. Se entiende, entonces, que su criterio de autenticidad sea la observancia de los mandamientos, en modo particular el amor al prójimo.

Evangelio: Lucas 24,35-48

Así convenía que Cristo padeciese y resucitase al tercer día, de entre los muertos.

Después del relato conocido como «los discípulos de Emaús» (Lc 24,13-35), un relato lucano que no tiene paralelos en los demás evangelios, Lucas narra la aparición de Jesús a los discípulos (Lc 24,36-48). A este pasaje el leccionario antepone el último versículo del relato anterior, así que el evangelio de hoy empieza con la mención de los discípulos de Emaús que contaban a los demás lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo habían reconocido al Señor al partir el pan (Lc 24,35).

Dos partes principales destacan en nuestro texto: la aparición de Jesús (Lc 24,36-43) y el mandato de la misión (24,44-48). La escena se abre con la iniciativa de Cristo resucitado que se reúne de nuevo con los apóstoles. Les desea la paz y les muestra las llagas de las manos y pies. Al ver su asombro y su incapacidad de creer, se pone a comer delante de ellos para que se den cuenta de que no es un fantasma, ni un espectro, ni una sugestión psicológica sino una presencia real. Al final, la paz y la alegría de ver al Señor disipó su incredulidad. La resurrección de Jesús es un misterio que supera toda verificación experimental, un misterio que se acepta y se vive solo desde la fe.

Con la resurrección de Jesús empieza el evangelio para el mundo. Como en el camino de Emaús (cf. Lc 24,27 y 32), Jesús «abre el entendimiento» de los discípulos para que comprendan las Escrituras. Conocer las Escrituras es el único medio para conocer a Cristo y poder transmitir su mensaje de salvación por toda la tierra. La misión de la Iglesia, que nace de la misión de Cristo, consiste en predicar la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos.

Domingo 4 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 4,8-12

Ningún otro puede salvar.

La curación del paralítico y la predicación de Pedro en el templo (cf. Hch 3) provocan dos reacciones muy distintas: el entusiasmo de la gente y la oposición de las autoridades judías. Por un lado, la gente se convierte en masa; por otro, Pedro y Juan, representantes del grupo de los doce, son arrestados. Pasan la noche presos y al día siguiente son interrogados por el sanedrín, el tribunal supremo de carácter cívico-religioso de los judíos.

Nuestro texto (Hch 4,8-12) narra el discurso de Pedro ante dicho tribunal. En cuanto portavoz autorizado de los apóstoles, Pedro toma la palabra «lleno de Espíritu Santo», lo que significa que la fuerza de su discurso viene de Dios. Dirigiéndose a los jefes del pueblo y a los ancianos, es decir, a la élite sacerdotal y laica de tendencia saducea, empieza presentándoles la situación en que se encuentra con sutil ironía: los están interrogando y juzgando por haber curado a un enfermo! También Jesús fue juzgado por haber hecho el bien (cf. Lc 6,9). Pedro se indigna porque quieren saber en nombre de quién fue salvado el paralítico y responde en tono firme y formal: «en nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos» (Hch 4,10). Acto seguido, ratifica este anuncio kerigmático con una referencia a la Escritura, exactamente al Salmo 118,22 (Hch 4,11) y en lugar de terminar su discurso, como era de costumbre, exhortando al auditorio a la conversión, aquí se limita a declarar que la salvación solo puede venir de Jesucristo (Hch 4,12).

Segunda lectura: 1 Juan 3,1-2

Veremos a Dios tal cual es.

La primera carta de Juan, más que una carta propiamente dicha, es una reflexión teológica dirigida a una o varias comunidades en las que se están infiltrando herejías doctrinales que repercuten negativamente en el ejercicio de la caridad. Dicha reflexión teológica procede como una sinfonía en tres tiempos: caminar en la luz (1,5-2,27), vivir como hijos de Dios (2,28-4,6), mantenerse firmes en el amor y en la fe (4,7-5,12).

Nuestro fragmento (3,1-2) pertenece al segundo tiempo. En el v. 1 se afirma que el amor de Dios es origen y fundamento de la filiación de los creyentes

(cf. Jn 3,16). Sin embargo, a los discípulos les está reservada la misma suerte del Maestro (cf. Jn 15,18). En el v. 2 la transformación del creyente aparece como un hecho actual y la última venida de Cristo será su manifestación plena. Así pues, hay una filiación divina realizada «ahora» en la existencia cristiana actual y otra filiación plena y definitiva en la Parusía. Entonces, «seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es».

Cabe señalar en estos versículos la importancia del verbo «conocer» que, en los escritos joánicos, tiene un doble significado: uno negativo y otro positivo. Puede indicar la incurable fractura que existe entre el «mundo», signo de la incredulidad, y el Padre. Para el creyente, en cambio, conocer va unido al amor, pues el conocimiento amoroso de Dios crea la filiación.

Evangelio: Juan 10,11-18

El buen pastor da la vida por sus ovejas.

Nuestra lectura evangélica, un fragmento de Jn 10,1-21, está ambientada en la fiesta de la Dedicación del templo, solemnidad en la que se recordaba la consagración del nuevo templo llevada a cabo por los exiliados de Babilonia en el 515 aC e instituida por Judas Macabeo en el 165 aC. Una de las características del cuarto evangelio es que las manifestaciones de Jesús y los signos que realiza están colocadas en el ámbito del calendario litúrgico hebreo. De este modo, se enfatiza la tensión dramática y teológica hacia Cristo. También al inicio de nuestro pasaje Jesús, al declararse «puerta» del redil de las ovejas (Jn 10,1.7.9), alude al templo y al mismo tiempo se presenta él mismo como templo perfecto (cf. Jn 2,21) donde se «adora al Padre en espíritu y verdad» (cf. Jn 4,23).

El discurso de Jesús en Jn 10,11-18 está centrado en la figura del buen pastor, mencionada dos veces con la clásica fórmula de revelación joánica «Yo soy», que nos remite al episodio de la zarza ardiente (Ex 3,14: «Yo soy el que soy»). Las dos declaraciones de la divinidad de Cristo van seguidas de dos breves discursos. El primero (Jn 10,11-13) está estructurado según la antítesis «pastor-mercenario». La oscura figura del mercenario que explota a las ovejas para sacar provecho de ellas sirve para iluminar la imagen del pastor a quien está dedicado el segundo discurso (Jn 10,14-16). Conocer y dar la vida son las dos expresiones centrales en estos versículos. Conocer expresa el contacto personal, la unión íntima, el diálogo amoroso entre Jesús, el buen pastor, y los creyentes. Su amor es tan grande que llega a dar la vida por ellos (cf. Jn 13,1).

Por último, en Jn 10,17-18 se anuncia una lectura de la «hora» de Jesús, es decir su pasión, muerte y glorificación, como gesto de amor del auténtico pastor por su rebaño.

Domingo 5 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 9,26-31

Les contó cómo había visto al Señor en el camino.

La primera lectura forma parte de una de las páginas más célebres de los Hechos de los Apóstoles (Hch 9,1-31). En ella se evoca la conversión de Pablo, quien a partir del cap. 13 se convertirá en el protagonista del libro. Lucas atribuye una importancia capital a este acontecimiento. Tanto es así que lo recuerda en nuestro texto, y también en los cap. 22 y 26. De las tres versiones de la conversión del apóstol, esta es la que presenta más detalles. Saulo, quien a partir de Hch 13,9 recibe el nombre grecorromano de Pablo, está con sus compañeros de viaje y recibe la visita de Ananías, el cristiano de Damasco. Predica por un tiempo en las sinagogas de esta ciudad y luego, huyendo de un complot de los judíos, se dirige a Jerusalén.

Bruscamente el narrador nos hace pasar de Damasco a Jerusalén, donde se sitúa nuestro texto (Hch 9,26-31). Los discípulos que allí vivían, al encontrarse de nuevo con Saulo, su mayor enemigo y perseguidor, temen ser víctimas de una estratagema. Sin embargo, gracias a la oportuna intervención de Bernabé (cf. Hch 4,36), al final todos se convencen de la sinceridad de Saulo. Asociado, aunque por pocos días, al grupo de los doce, Saulo anuncia con valentía el nombre del Señor. Habla y predica con los judíos de lengua griega (helenistas) y, al igual que sucedió con Esteban (cf. Hch 6,9-10), la discusión termina con amenaza de muerte. Para evitar el peligro inminente, sus «hermanos» lo acompañan hasta Cesarea y allí lo embarcan rumbo a Tarso.

El episodio concluye con un sumario (Hch 9,31) que describe el crecimiento de la Iglesia gracias a la acción del Espíritu Santo.

Segunda lectura: 1 Juan 3,18-24

Este es su mandamiento, que creamos y que nos amemos.

Este fragmento de la primera carta de Juan pertenece a una larga serie de variaciones sobre el tema «Somos hijos de Dios» cuyos primeros versículos (1Jn 3,1-2) leíamos el domingo pasado. Aquí el autor desarrolla lo que ya había anticipado en 3,17: «Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?». El amor cristiano no puede quedarse en pura teoría sino que debe concretarse en hechos.

El fruto fundamental de nuestra unión con Cristo resucitado es el amor «con obras y según la verdad» (v. 18). La fórmula recoge los dos criterios de autenticidad del amor: su dimensión existencial («obras») y su dimensión teológica («verdad»). En los escritos joánicos, la «verdad» (*aletheia*, en griego) es la revelación de Cristo que el cristiano acoge en la fe. Así, la adhesión a la Verdad-Cristo nos hace ser como Cristo y, por consiguiente, hace que nos parezcamos a Dios que ama «en acto y en verdad». Esta pertenencia a Cristo proporciona paz a nuestra conciencia siempre amenazada por la presencia del pecado. Por una parte, Cristo nos defiende del mal y, por otra, contamos con la compasión de Dios que está por encima de nuestras debilidades (vv. 19-22).

Los vv. 23-24 contienen tres expresiones fundamentales: creer (*pisteuo*), amar (*agapao*) y espíritu (*pneuma*), con las que el autor invita al creyente a examinar su corazón y las inclinaciones de su deseo. En otras palabras, lo invita a situarse ante Dios.

Evangelio: Juan 15,1-8

El que permanece en mí y yo en él; ese da fruto abundante.

Justo en el centro del «Sermón de la Cena» (Jn 13–17), considerado como el testamento espiritual de Jesús, se encuentra la alegoría de la vid y los sarmientos, de la que hoy leemos la primera parte (Jn 15,1-8), que ilumina la relación de intimidad que existe entre los discípulos (la Iglesia) y Cristo. Ya el Antiguo Testamento había utilizado en varias ocasiones el símbolo de la viña para ilustrar la difícil relación entre Israel y su Dios, una relación construida a base de amor y misericordia por parte de Dios y de rechazo e infidelidad por parte del pueblo (cf. Is 5,1-7; Ez 17,1-10; Sal 80). Al asumir esta imagen, Cristo se declara pueblo de Dios.

El sarmiento unido a la vid –entiéndase la adhesión vital del creyente a Cristo– es esencial para la fecundidad de los frutos. No en vano el evangelista repite cinco veces la expresión «permanecer en mí». Sin la unión íntima con Cristo, nuestra fe no puede sobrevivir (Jn 15,1-5). Si el discípulo se separa de Jesús, se condena a la perdición ya en esta vida. Detrás del símbolo del sarmiento seco y árido, abandonado fuera del campo, aflora el misterio del ser humano que se opone a la vida y al amor, prefiriendo las tinieblas a la luz (Jn 15,6).

La segunda expresión importante es «dar fruto», repetida también cinco veces en el texto. Dar fruto es condición de vida para todos y cada uno de los sarmientos. Y para poder fructificar hay que mantenerse en la cepa (Jn 15,7-8).

Domingo 6 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,25-26.34-35.44-48

El don del Espíritu Santo se derramó también sobre los gentiles.

El fragmento de los Hechos de los Apóstoles yuxtapone tres incisos muy aislados del capítulo 10. Enteramente dedicado al encuentro de Pedro y Cornelio en Cesarea Marítima, la idea principal del entero pasaje es la apertura de la acción evangelizadora de los apóstoles al mundo de los no-judíos. Recordemos que hasta ese momento la comunidad hebreo-cristiana seguía considerándose privilegiada y determinante respecto a las demás.

En el primer inciso (Hch 10,25.26), la acción se sitúa en casa de Cornelio, un oficial del ejército romano, que recibe a Pedro echándose a sus pies, gesto que el apóstol rechaza: «Levántate, que soy un hombre como tú» (v. 26), pues en Lucas la postración solo se hace delante de Dios o del Resucitado, nunca delante de Jesús antes de la resurrección o delante de un ser humano.

El segundo inciso (Hch 10,34-35) refiere la declaración inicial del discurso de Pedro que asume el valor de axioma. Dicho axioma contiene un enunciado negativo: «Dios no hace distinción de personas», al que sigue otro positivo donde el apóstol precisa el alcance soteriológico de la anterior afirmación: «en cualquier nación, el que respeta a Dios y obra rectamente le es grato». Se entiende, pues, que Cornelio es el prototipo del pagano grato a Dios.

El tercer inciso (Hch 10,44-48) narra la irrupción del Espíritu Santo que desciende sobre toda la asamblea, judíos y paganos. Acto seguido, todos reciben el bautismo. Así empezó en Cesarea una iglesia doméstica.

Segunda lectura: 1 Juan 4,7-10

Dios es amor.

La tercera parte de la primera carta de Juan (1 Jn 4,7-5,12) establece el criterio para determinar en qué consiste la auténtica identidad cristiana, a saber, la correcta relación entre el amor y la fe, dos aspectos de la misma que no pueden evaluarse por separado porque están íntimamente unidos.

Nuestro fragmento (4,7-10) se centra en el amor entendido desde la fe, siendo su afirmación central «Dios es amor» (v. 8). Recordemos otros atributos de Dios en la carta: «Dios es luz» (1,5) y «Dios es espíritu» (4,24). Ahora bien, decir que Dios es amor no es tanto describir una realidad está-

tica cuanto tomar conciencia del dinamismo que parte de Dios y se dirige a la humanidad con una finalidad bien precisa: «Dios mandó al mundo a su hijo único, para que vivamos por medio de él» (v. 10). En Cristo Dios nos ha dado la vida, nos ha generado en y para el amor y así, en Cristo, nosotros, los discípulos, podemos hacer lo mismo con el mundo entero. En definitiva, el amor procede de Dios, o dicho de otra manera, Dios se ha adelantado en el amor, nos amó primero.

Evangelio: Juan 15,9-17

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Segunda parte de la alegoría de la vid y los sarmientos que se leyó el domingo pasado. Las ideas de Jn 15,9-17 son las mismas que ya encontramos en Jn 15,1-8, pero traducidas en un lenguaje explícito y aplicadas a la vida práctica. Por ejemplo, el imperativo «permaneced en mí» (como los sarmientos en la cepa) se convierte en «permaneced en mi amor» y la imagen del «dar fruto» se traduce en «el mandamiento del amor fraterno». Estilo repetitivo y variación sobre los mismos temas.

Los dos mandatos en que más insiste el Señor son el de «permanecer en su amor» (Jn 15,9-11) y el del «amor mutuo» entre los discípulos o miembros de la Iglesia (Jn 15,12-15). A ellos hay que añadir la idea de la elección: es el Señor quien eligió a los discípulos y no al contrario (Jn 15,16-17).

«Permanecer» significa fijar la morada, establecerse en un hogar. En nuestro texto se trata de permanecer en el amor de Cristo, de no separarse de él bajo ningún concepto. Condición para poder permanecer en su amor es cumplir los mandamientos a ejemplo de lo que Cristo hizo con el Padre. Cuando el discípulo toma conciencia de que Cristo lo ama, nace el gozo, el gozo completo que supera y trasciende todo lo sensible.

«Amaros los unos a los otros como yo os he amado» (cf. Jn 13,34) significa amar hasta dar la vida por los demás, pues este fue el mandamiento que Jesús recibió del Padre. «Dar la vida» recuerda la imagen del buen pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10,17-18) a la vez que preanuncia su muerte en cruz. Se trata, pues, de un amor de donación, obediencia y sacrificio. Al llamar «amigos» a sus discípulos, Jesús evoca la cena eucarística y su ambiente de intimidad. El siervo ejecuta las órdenes de su señor; el amigo lo conoce.

La iniciativa viene de lo alto. Los discípulos han sido escogidos para dar fruto, para dar testimonio de su fe mediante obras de amor fraterno. Esa es su misión. Para realizarla cuentan con una fuerza invencible: la oración al Padre por medio de Jesús. Todo cuanto pidan en nombre de Cristo, el Padre se lo concederá.

Ascensión del Señor

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

Se elevó a la vista de ellos.

Aunque el libro de los Hechos de los Apóstoles es continuación del evangelio de Lucas, el evangelista siente la necesidad de escribir un prólogo al segundo volumen de su obra tal como se solía hacer en el mundo grecorromano (cf. Filón de Alejandría, *La vida de Moisés* o Flavio José, *Contra Apión*). Los prólogos seguían distintas fórmulas: recapitular el libro precedente, resumir el libro sucesivo o combinar las dos cosas. Lucas escoge la última posibilidad, así que nuestro prólogo es retrospectivo y prospectivo al mismo tiempo. De hecho, Hch 1,1-11 empalma con el final del evangelio de Lucas (Lc 24,44-53) que termina con la ascensión de Jesús a los cielos en un lugar cercano a Betania.

Destacamos dos partes: Hch 1,1-8 y Hch 1,9-11. La primera se compone de una dedicatoria a Teófilo, un cristiano o simpatizante de la comunidad y probablemente un hombre pudiente que financió la copia del manuscrito facilitando así su difusión (vv. 1-3); de un «flashback» sobre las apariciones del Resucitado durante cuarenta días (v. 3) y otro sobre la última comida con él (vv. 4-8), una escena que evoca Lc 24,41-43.

En la segunda parte (Hch 1,9-11), una escena viva y dialogada, Lucas narra de nuevo la ascensión de Jesús al cielo (cf. Lc 24,50-53). Esta repetición indica la importancia que el autor le atribuye en la historia de la salvación. Último episodio del evangelio y primero de los Hechos, la ascensión de Jesús al cielo hace de puente entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia la vez que delimita el tiempo de la Iglesia entre la Pascua y la Parusía (Hch 1,11b).

Segunda lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

La carta a los Efesios es el único escrito paulino dirigido a la Iglesia de Jesucristo concebida como una única realidad, formada por todas las Iglesias particulares, a las que el apóstol se había dirigido en las otras cartas. Todas las Iglesias juntas forman la única Iglesia (el cuerpo de Cristo), cuya cabeza es Cristo.

Ef 1,17-23 pertenece a la parte doctrinal de la carta (Ef 1,3-3,21), enteramente dedicada al tema apenas mencionado: la Iglesia como cuerpo de Cristo, donde se realiza el misterio de la reconciliación y unión de judíos y paganos, superando rivalidades, discriminaciones y privilegios de todo

tipo. Unidad que no es uniformidad ni pasividad sino dinamismo y colaboración.

En nuestro texto, el contenido de la primera lectura (Hechos de los Apóstoles), Pablo lo transforma en oración y confesión de fe. Destacan los vv. 20-23 donde se describe la soberanía universal de Cristo sobre el universo, soberanía que ejerce en primer lugar sobre las potencias angélicas que en la tradición judía eran nueve. Pablo menciona solo cuatro: «principado», «potestad», «fuerza», «dominación», cuyo denominador común es el poder. Cristo, en cuanto cabeza de la Iglesia, está por encima de todos estos poderes.

Evangelio: Marcos 16,15-20

Ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

Como indica la tradición manuscrita más antigua, el texto original del evangelio de Marcos concluye en Mc 16,8 de forma insólita: asustadas, las mujeres huyen del sepulcro y no se atreven a decir a nadie lo que les ha sucedido. Nuestro texto forma parte de Mc 16,9-20, un epílogo o apéndice que hacia la segunda mitad del siglo II dC empezó a incluirse al final del evangelio con el objetivo de colmar su laguna pascual. La inclusión tuvo éxito y acabó siendo admitida como texto canónico, es decir, texto oficial de la liturgia y lectura de la Iglesia.

Después de la aparición a María Magdalena (Mc 16,9-11), a los dos caminantes (Mc 16,12-13) y a los once (Mc 16,14), el epílogo final expone de manera sistemática y precisa los elementos principales de la misión: el envío, el juicio y las señales (Mc 16,15-18). El envío tiene una dimensión universal, pues los discípulos son enviados a proclamar el evangelio a todo el mundo, a toda criatura. El juicio clarifica que la salvación va unida a la fe y al bautismo, mientras la condena nace de la falta de fe. Las señales que realizarán los discípulos del Señor son los exorcismos, las curaciones, la glosolalia y la inmunidad a serpientes y venenos. De este modo, el mensaje anunciado se convierte en acción transformadora.

Los últimos versículos (Mc 16,19-20) pueden considerarse como una conclusión del epílogo y de todo el evangelio. Narran la ascensión del Señor a los cielos y el cumplimiento de la misión pascual. El cielo no es una parcela de espacio en las alturas sino la «casa del Padre», como solía decir Jesús. Con su ascensión Jesús despierta la sed de eternidad que todo ser humano lleva dentro de sí. La expresión bíblica «sentarse a la derecha del Padre» es una forma de afirmar la soberanía de Jesús sobre el universo y la historia. Con la Ascensión empieza el tiempo de la Iglesia, tiempo de extender a todos los pueblos la misión que el Maestro había realizado en Israel.

Domingo de Pentecostés

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar.

Las apariciones del Resucitado han terminado con la ascensión de Jesús al cielo. En Jerusalén se ha reunido alrededor de los once apóstoles un primer núcleo comunitario. Luego el grupo de los doce se completa con Matías, el apóstol que cubre el vacío dejado por la muerte de Judas. Todo está listo, pues, para la venida del Espíritu Santo que Jesús había prometido a sus discípulos.

Nuestro fragmento, Hch 2,1-11, está formado por dos escenas: 2,1-4 (la venida del Espíritu Santo) y 2,5-11 (la constatación del milagro de las lenguas). De hecho, para que la última escena fuera completa, habría que añadir los vv. 12-13 (la reacción de los presentes) que el leccionario omite.

En la primera escena Lucas presenta una teofanía, es decir, una manifestación divina, parecida a la del monte Sinaí, acompañada de viento impetuoso y fuego. Estos signos evocan la presencia y trascendencia de Dios. En el v. 4 se pasa del lenguaje figurado a la explicación teológica: al recibir el Espíritu Santo, los presentes empiezan a hablar en otras lenguas. Pero, ¿de qué hablan? Nos lo dirá el autor más adelante, precisamente en el último versículo: de las maravillas de Dios (v. 11). En la segunda escena, Lucas narra con detalle las circunstancias del acontecimiento, el asombro de la gente ofreciendo la visión de un mundo unido, como si de una gran familia se tratara. Una vez más el autor quiere poner de relieve el horizonte universal de la misión cristiana.

Segunda lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.

El texto escogido para la segunda lectura pertenece a la quinta sección de la carta (1Cor 11,2-14,40) dedicada a varios problemas en las asambleas litúrgicas como, por ejemplo, el velo de las mujeres, la celebración de la cena eucarística, la diversidad de miembros reunidos en un solo cuerpo o los dones del espíritu, que es precisamente de lo que trata la lectura de hoy. Parece ser que estos eran muy abundantes en la comunidad de Corinto. Con todo, Pablo tiene que intervenir para establecer algunos principios respecto a cómo utilizar estos dones en el seno de la comunidad.

Los dones del Espíritu también son llamados «carismas» (del griego, *khárisma*) porque son dones gratuitos, «ministerios» porque son un servicio a la comunidad y «actividades» en cuanto son actos de la potencia de Dios. En otras palabras, se trata de gracias particulares que el Espíritu concede a algunos cristianos no para su perfeccionamiento personal sino destinados a fomentar la vida y el crecimiento de la comunidad.

En los vv. 12-13 Pablo utiliza la imagen del cuerpo y sus miembros para explicar lo que es la comunidad eclesial fundada en Cristo. Está formada por muchos y distintos miembros («judíos o no judíos, esclavos o libres»), cuyo común denominador es el Espíritu que todos reciben en el bautismo.

Evangelio: Juan 20,19-23

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.

Después del relato del sepulcro vacío (Jn 20,1-9) y de la aparición a María Magdalena, «la apóstola de los apóstoles» (Jn 20,11-18), el autor del cuarto evangelio narra la aparición de Jesús a los discípulos (Jn 20,19-23), un texto en el que resume la experiencia de diversas manifestaciones de Jesús resucitado. En este breve pasaje el Señor resucitado cumple la promesa de encontrarse de nuevo con los suyos y de enviarles el Espíritu (cf. Jn 14,18.26; 16,16).

Es domingo, el anochecer de la primera pascua cristiana, y la comunidad se ha reunido en Jerusalén, en el cenáculo, a puertas cerradas. Jesús viene y se sitúa en medio de los discípulos. Les da la paz, una paz que abraza cielo y tierra, una paz que el mundo no puede dar. Les muestra sus heridas en las manos y el costado, los signos del sacrificio en la cruz. La presencia gloriosa del Señor crea una atmósfera de paz y alegría profundas que contrasta con el miedo y la turbación inicial de los discípulos (vv. 19-20), cuya situación refleja la actitud de la comunidad joánica que, incomprendida por los de fuera, siente la tentación de encerrarse en su pequeño mundo aislándose de los demás. Jesús, en cambio, les libera del miedo y les envía a la misión para que den testimonio de él y del Padre.

En los vv. 21-23 Juan sintetiza en tres aspectos el legado de Cristo a su Iglesia: la misión evangelizadora, el don del Espíritu Santo y el poder de perdonar los pecados. Los discípulos tienen el deber y el derecho de continuar en el mundo la misión que Jesús recibió del Padre: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros» (v. 21). Con un gesto que evoca el gesto creador de Dios (cf. Gn 2,7b), Jesús les concede el don del Espíritu: «Recibid el Espíritu Santo» (v. 22) y el poder de liberar al mundo del pecado (v. 23).